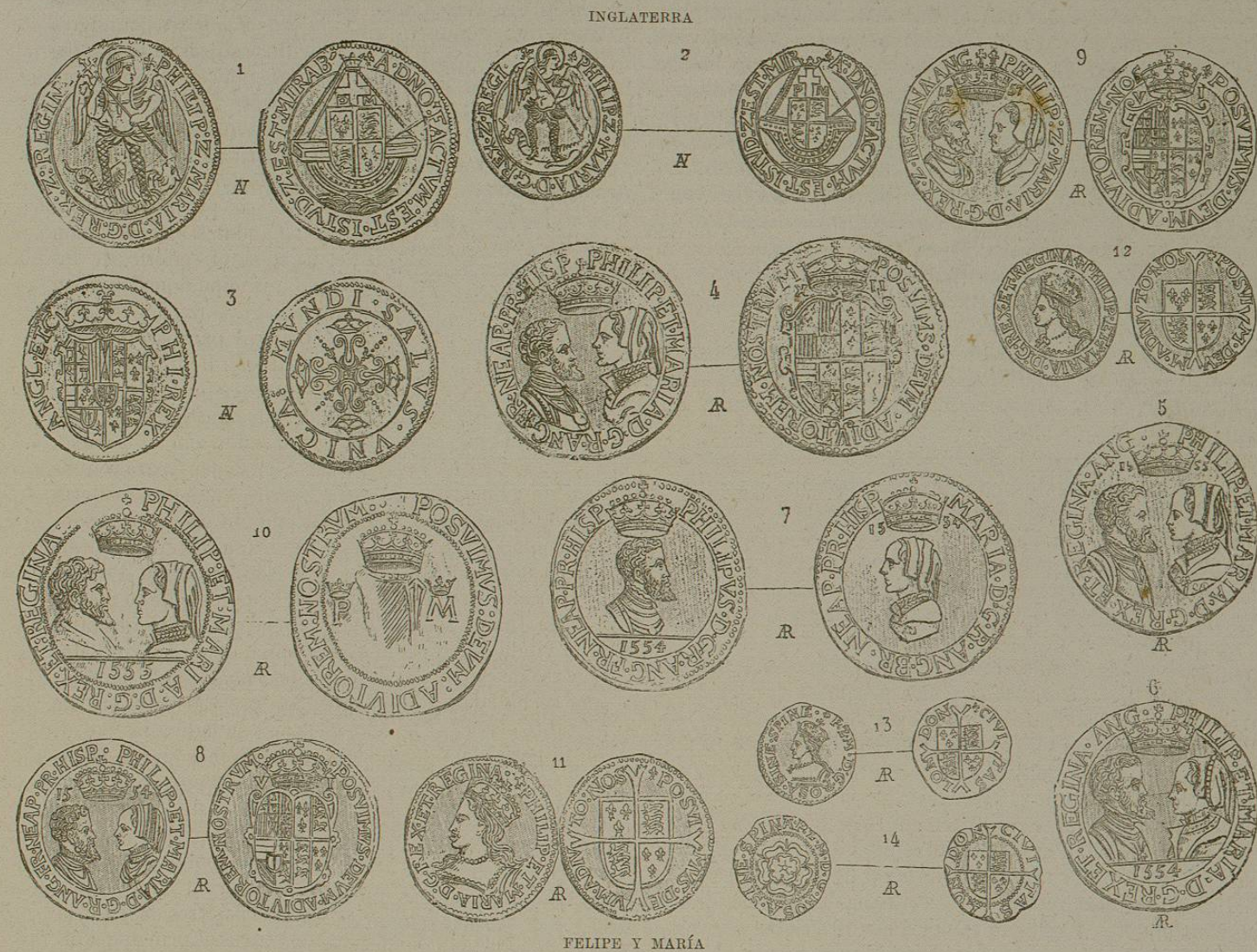


ma princesa doña Juana su hermana, para que tuviese la gobernacion de los reinos durante su ausencia y la del emperador su padre. Dió á su hermana una larga instruccion de cómo habia de gobernar, puso casa al príncipe Carlos su hijo, y ordenó todo lo necesario para su partida.

Embarcóse por último el príncipe don Felipe en la Coruña (13 de julio, 1554), con una flota de cerca de ochenta navas, sin contar otras treinta que á cargo de don Luis de Carvajal quedaron para acabar de recoger los soldados que no habian

llegado aun, que mas parecia que iba á hacer una conquista que una boda, y llevando una magnífica y brillante comitiva y un séquito deslumbrador, que en verdad no era muy conforme á lo pactado en los capitulos matrimoniales (2). A los cinco dias se encontró la flota y se saludó con la de Inglaterra y de Flandes que habia salido á protegerla contra cualquier tentativa de los franceses. Al séptimo dia surgió en la isla de Wight, y al siguiente desembarcó el príncipe en Southampton, donde le salieron á recibir ocho principales caballeros ingle-



ses enviados por la reina, que le llevaban una preciosa insignia de la orden de la Jarretiera. De allí partieron á Winchester, donde le esperaba la reina con toda la nobleza inglesa, y apeándose el príncipe á la puerta de la catedral entró á hacer oracion. Seis obispos vestidos de pontifical entonaron en union con el cabildo un solemne *Te Deum*, y todos juntos fueron despues á besar las manos de la reina.

La primera entrevista de Felipe y María la refiere así un testigo de vista español que escribia desde allí: «El príncipe entró por una puerta falsa y subió por un caracol á una sala á donde estaba la reina..... la cual le salió á recibir á la puerta con el regocijo que se puede pensar. Hiciéronse las cortesias de uso en esta tierra, que es besarse, y fueron de las manos á sus sillas á sentarse debajo de un dosel muy rico. Su Alteza estuvo muy cortésano con la reina mas de una hora, hablando él en español y ella en francés: así se entendian, y amostró la reina á decir buenas noches en inglés para que despidiese á los grandes del reino, de que recibieron grandísimo contentamiento, etc. (1).»

Antes del día de la boda, que se fijó para el 25 de julio, llegó el regente Figueroa con pliegos del emperador que contenian la cesion que Carlos habia acordado hacer de todos los Estados de Italia en su hijo Felipe, como dote de este casamien-

to, y como para contentar á los ingleses, cosa que el príncipe agradeció infinito, y de que la reina se alegró no poco. Celebráronse las bodas con suntuosa ceremonia y aparato en la iglesia de Winchester. Los dos novios vestian ricos trajes á la francesa guarnecidos de oro, perlas y piedras preciosas: la reina llevaba al pecho un diamante y un rubí de gran tamaño y valor, regalo de Felipe, «que todo lo habia bien menester, dice un escritor español, para suplir la hermosa que le faltaba.» Dada la bendicion nupcial por el obispo de Winchester, obsequiaron á los régios consortes con tazas de vino y rebanadas de pan (3). El canciller del reino hizo saber al pueblo la merced que Felipe acababa de recibir de su padre, y pro-

(2) Iban con él, el duque de Alba, mayordomo mayor, el conde de Feria, capitán de la guardia, Ruy Gomez de Silva, sumiller de corps, el conde de Olivares, el marqués de las Navas, el duque de Medinaceli, el marqués de Pescara, el conde de Chinchon, el de Modica, el de Saldaña, el de Rivadavia, el de Fuentes, don Juan de Benavides, don Fadrique y don Fernando de Toledo, y muchos otros caballeros y señores principales de Castilla.

(3) Acabada la misa, dice el mismo Juan de Figueroa que llevó á Felipe el título de rey de Nápoles, *anduvieron algunas tazas á dar de beber con el pan bendito.*—Carta de Figueroa á Carlos V de 26 de julio. Archivo de Simancas, Estado, leg. 808.—«Acabada la misa, dice Varona, dieron á Sus Majestades *señlas rebanadas de pan y señlas veces de vino*, y así lo hicieron con los embajadores y grandes que allí estaban.» Manuscritos de la Biblioteca del Escorial.

(1) Relacion de Juan de Varaona. MS. de la Biblioteca del Escorial, estante ij—número 4.

clamó á Felipe y María reyes de Inglaterra y de Francia, de Nápoles y Jerusalem, de Escocia, príncipes de las Españas, archiduques de Austria, duques de Milan, de Borgoña y de Brabante, condes de Flandes y del Tirol, etc. Repitióse esto tres veces, y concluida toda la ceremonia fuéronse los reyes á comer acompañados de todos los grandes, ingleses y españoles. Al día siguiente no se dejó ver de nadie la reina, según costumbre del país, y el postrero de julio pasaron al palacio de Windsor.

El efecto que produjo en los ingleses la presencia de Felipe fué menos desfavorable que lo que ellos mismos esperaban por los retratos que de él les habían hecho los franceses; así como la reina pareció á los españoles peor de lo que habían creído (1). La reina se mostraba muy enamorada del rey, y el rey sumamente complaciente con la reina. En cuanto á los ingleses, no podían soportar que Felipe, contra lo pactado en los capítulos matrimoniales y contra sus propias promesas, hubiera llevado consigo tantos españoles para el servicio completo de su casa, y mas cuando le tenían ya nombrado los oficiales de palacio, altos y bajos, todos ingleses. Esto dió ocasion al principio á serias rivalidades y choques entre los de una y otra nacion. Para contentar á los ingleses apeló Felipe á las mercedes y regalos, que les distribuyó con una largueza que no era de su carácter. El expediente surtió el efecto que él se proponía, pero los españoles estaban temiendo siempre que faltando el dinero, volvieran las pendencias, y que hasta los echaran de allí de un modo violento (2).

En poco estuvo que Felipe no fuera reconocido heredero presuntivo del trono de Inglaterra, no obstante la condicion del pacto de matrimonio. La reina, ó por amor á su marido ó por sugestion de este, lo proponía así ya; pero el parlamento, que habia consentido en el enlace, cejó en este punto y se mantuvo negativo en cuanto á dar mas autoridad al príncipe español. La crueldad con que la reina María trató y persiguió á los protestantes ingleses, los medios violentos de que se valió para abolir el culto reformista y restablecer la religion católica en Inglaterra, las terribles pesquisas que estableció para investigar los delitos de herejía, y la sangre de los adictos á la reforma con que enrojeció los patibulos, inspiró á Felipe un sistema de política que halagara á los ingleses: mostróse tolerante, templó el rigor de la reina, obtuvo la libertad de algunos presos ilustres, intercedió por la princesa Isabel, cuya causa era popular en todo el reino, y hasta hizo predicar públicamente y en su presencia en favor de la tolerancia. Verdad es que generalmente se desconfiaba de la sinceridad de sus sentimientos, y que por temor á sus ulteriores miras y al engrandecimiento de su poder, negó el parlamento al emperador el auxilio que le pedia contra la Francia; pero es tambien cierto que con su política habia ido logrando Felipe modificar la desfavorable prevencion del pueblo inglés. Las guerras que con motivo de este matrimonio suscitaron los franceses á Carlos V las dejamos ya referidas en el capítulo XXVIII. Felipe permaneció en Inglaterra mientras tuvo esperanzas de sucesion, y hasta que el emperador le llamó para abdicar en él los Estados de Flandes.

Ya dijimos las graves consideraciones que habian movido á Carlos V á concebir el pensamiento y formar la resolucion de desprenderse de tantas coronas como llevaba sobre su cabeza, y de renunciar á su inmenso poder y á las agitadas glorias del mundo, para ir á buscar su descanso en la soledad de un retiro. Una de las causas que le habian impedido realizar antes su pensamiento era vivir todavía su madre doña Juana, reina propietaria de Castilla y Aragon, en cuyo nombre, antes

(1) «La reina, decia Ruy Gomez de Silva al secretario Eraso, es muy buena cosa, aunque mas vieja de lo que nos decian.»—Coleccion de documentos inéditos, tom. III, pág. 527.

(2) «Y mia fe, de ia Ruy Gomez de Silva en otra carta al secretario Francisco Eraso, aunque en todas partes sirve mucho el interés, en esta mas que en todas las del mundo, porque no se hace nada bien sino es con dinero en mano, y deste traemos todos tan poco, que no sé, si nos vienen á caer en ello, si escaparemos con vida; al menos sin honra podrá ser, porque nos darán mil palos.»—«Hay, decia tambien, grandes ladrones entre ellos, y roban á ojos vistas. Esta ventaja hacen á los españoles, que nosotros lo hacemos con maña y ellos por fuerza.»

y al lado del de su hijo, se expedian todos los despachos y ordenanzas, y ni de ella se podia obtener fácilmente por su enajenacion mental, ni de los castellanos por el amor á su reina, el consentimiento de hacer á Felipe soberano de Castilla viviendo doña Juana. Pero esta señora, que hacia cincuenta años vivia retirada y como muerta para el mundo en Tordeillas, adoleció en enero de 1555 de una enfermedad terrible y penosa (3), que la llevó en pocos meses y en medio de acerbos dolores y tormentos al sepulcro (11 de abril, 1555), viéndose con maravilla, que momentos antes de espirar recobró su razon tan largos años trastornada, y siendo las últimas palabras que pronunció: «Jesucristo crucificado sea conmigo.»

Desaparecido que hubo este obstáculo, y subsistentes los demás motivos que le impulsaban á su extraña determinacion, llamó Carlos V á su hijo, que se hallaba en Inglaterra. Llegó este acompañado de muchos caballeros españoles é ingleses. Despachó el emperador cartas convocatorias á todos los Estados de los Países Bajos (25 de setiembre, 1555), mandándoles que se hallasen congregados por sí ó por procuradores en Bruselas para el 14 de octubre, anunciándoles su resolucion de ceder solemnemente á presencia suya el señorío de los Estados de Flandes y Brabante en el príncipe don Felipe su hijo, rey de Nápoles y de Inglaterra, á cuyo fin deberian ir provistos de los correspondientes poderes para aceptar y reconocerle por su soberano y señor natural. Reunidos en virtud de esta convocatoria los representantes de todos los Estados, hechas las escrituras que sobre ellos habia de otorgar, y preparado magníficamente un gran salon en su palacio, celebró primeramente capítulo del Toison de Oro, para renunciar en su hijo el maestrazgo de la insigne orden de caballería de la casa de Borgoña, encargándole procurara mucho mantener la dignidad y grandeza de tan honrosa insignia militar.

Procedió despues al acto solemne de la abdicacion. Presentóse el emperador en traje de luto por la muerte de su madre la reina doña Juana, acompañado del rey don Felipe su hijo, de la reina viuda de Hungría su hermana, de su sobrino Manuel Filiberto de Saboya, y de todos los caballeros y embajadores que se hallaban en la corte. Sentóse Carlos V en un sillón un tanto elevado, y mandó sentar á su lado á las personas de su imperial familia; hicieronlo los demás en los asientos que les estaban preparados. Fueron luego entrando y colocándose frente á SS. MM. los representantes de los Estados, primeramente los de Brabante, los de Flandes despues, y en seguida los demás por el órden que les correspondia. Los gentiles hombres y demás que constituian la servidumbre imperial y real, permanecieron en pié (4). Eran las tres de la tarde del 25 de octubre (1555). Levantóse entonces el príncipe Filiberto de Saboya, presidente del consejo de Flandes, y en medio de un imponente silencio, pronunció un largo y grave discurso que comenzaba así: «Si bien, grandes y clarísimos varones, de las cartas que por mandado del emperador habeis recibido, podreis en parte haber entendido la causa para que os

(3) De la terrible enfermedad de la desgraciada reina doña Juana (la Loca) da harto triste idea la siguiente carta del marqués de Denia, á cuyo cuidado estaba, al rey don Felipe, que hemos copiado del Archivo de Simancas.

«S. C. M.—Los dias passados sereví á V. M. dando noticia del mal de la Reina Nuestra Señora, que parece que va mas adelante; ya se ha recibido lo que es, que es tener muchas llagas en las caderas y mas abaxo, y por no cansar á V. M. dexo de decir lo que se ha pasado para hacerle tomar dos colchones, y en este medio con suplicarle mostrase á la marquesa lo que tenia, y que de otra manera seria forzado que las dueñas lo viesan; respondió como suele con no querer hacerlo; no sé si con temor que las dueñas no hiciesen alguna cosa, ó que Nuestro Señor la alumbró, pidió un poco de agua caliente para lavarse aquellas partes donde estaban aquellas llagas, y púsose de manera y en parte que la marquesa y el doctor la pudiesen ver, y así ordenó el doctor una agua para en lugar de la con que se lavaba S. A. se lavase con ella, y así se hizo; pareció algunos dias que avia alguna mejoría, cada dia he avisado á la Serenísima Princesa, etc. De Valladolid, 2 de marzo de 1555.» Archivo de Simancas, Estado, leg. 113.

En el propio sentido hay cartas de la princesa, del médico y de San Francisco de Borja, que se halló á su muerte.

(4) Documento titulado: *La forma que usó el Emperador cuando hizo la cesion y renunciacion de los Países Bajos en la persona del Rey nuestro Señor.* Copiado del Archivo de Simancas, papeles de Estado, núm. 615.

habeis aquí ayuntado, con todo eso ha querido su Cesárea Majestad que agora y en este lugar mas larga y claramente os sea por mi declarada.» Despues de una breve reseña de la vida del emperador, y viniendo á las razones que á tomar aquella resolucion le movian, contando como una de las primeras el cansancio y los padecimientos mas que la edad, añadió: «Y no solo por esta causa levanta el César la mano y se descarga de esta monarquía, poniendo en su lugar otro que para el gobierno de sus Estados sea su igual y tan idóneo, sino por otras muchas causas que le incitan, mueven y fuerzan á ello. Quejáanse los españoles que ha doce años que no vieron la cara de su rey, y cada hora y momento claman por él; lo mismo desean los de Italia; los de Alemania de día y de noche piden la presencia de su príncipe; á los cuales todos hubiera el César satisfecho y dádoles gusto, si la gran falta de salud no le impidiera, y le forzara á dar el remedio que agora se trata. Habeis visto y sabido á qué estado le ha traído su fuerte mal, y aquí presente lo veis, y no sin gran dolor. No está por cierto el César en edad, que no fuera muy bastante para gobernar; mas la enfermedad cruel, á cuya fuerza no se ha podido resistir con todos los medicamentos y medios humanos, esta enemiga le ha tratado así, derribado, postrado su caudal y fuerzas. Es un mal terrible é inhumano el que se ha apoderado de S. M. tomándole todo el cuerpo, sin dejarle por dañar parte alguna desde la cabeza á la planta del pié. Encógenlese los nervios con dolores intolerables, pasa los poros el mal humor, penetra los huesos hasta calar los tuétanos ó meollos, convierte las coyunturas en piedra, y la carne vuelve en tierra; tiene el cuerpo de todas maneras debilitado sin fuerzas ni caudal, tiene los piés y manos como con fuertes prisiones ligadas, los dolores continuos le atraviesan el alma, y así su vida es un largo y crudo martirio. Quiso el Señor, justo, santo, sabio y bueno, dar al César en lo que resta de su vida tal guerra con un enemigo cruel, invencible y duro. Y porque las humedades, aires y frialdad de Flandes le son totalmente contrarias, y el temple de España es mas apacible y saludable, S. M. ha determinado con el favor divino de pasar allá, y antes de partirse renunciar en su hijo el rey don Felipe y entregarle los Estados de Flandes y Brabante. Sintiera mucho el César y le llegara al alma si despues de haber padecido tantos trabajos por mar y por tierra por vuestra defensa y tranquilidad, cayérais en algun trabajo, pérdida ó daño por causa de su ausencia y falta de príncipe que os defenderá y amparará. Una sola cosa le consuela en esta determinacion y mudanza que hace, movido y guiado por la mano de Dios, y no por codiciar la ociosidad, ni amar el descanso, ni tampoco forzado, ni por miedo de algun enemigo, sino por desear y querer lo que os está mejor, os pone y entrega debajo del gobierno del rey don Felipe que está presente, y su hijo único, natural y legítimo sucesor, á quien poco há jurastes por vuestro príncipe, que está en edad propia, varonil y madura para os gobernar, y casado con la reina de Inglaterra, y para bien de estos Estados juntados con ellos aquella isla... Por lo cual tiene por cosa muy conveniente á Flandes y á todos sus reinos traspasar en él, ceder y renunciar como poco há comenzó, todos sus reinos y Estados, porque yéndole entregando en esta manera los Estados, se entenderá mejor con ellos y acertará á gobernarlos, que si de golpe ó juntamente le echase la carga de todos sus reinos y señoríos, con tanto peso apremiado, para mal suyo y de todos, daria con la carga en el suelo...»

Abortos todos con la grandeza y novedad del acto y con la elocuencia del discurso que acababan de oír, quedaronlo mas cuando vieron al emperador levantarse, y apoyando la mano derecha sobre un báculo, la izquierda sobre el hombro de Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, comenzó á decir á la asamblea:

«Si bien Filiberto de Bruselas bastantemente ha dicho, amigos míos, las causas que me han movido para renunciar estos Estados y darlos á mi hijo para que los tenga, posea y gobierne, con todo eso os quiero decir algunas cosas con mi propia boca. Acordáraseos há que á 5 de febrero de este año se cumplieron cuarenta en que mi abuelo el emperador Maximiliano, siendo yo de quince años de edad, en este mismo lugar y á esta misma hora me emancipó y sacó de la tutela en que

estaba, y hizo señor de mí mismo...» Continuó refiriendo varios antecedentes de su vida y actos de su gobierno, y pronunció aquellas célebres palabras que con dificultad habrá podido proferir otro soberano en el mundo: «Nueve veces fui á Alemania la Alta, seis he pasado en España, siete en Italia, diez he venido aquí á Flandes, cuatro en tiempo de paz y de guerra he entrado en Francia, dos en Inglaterra, otras dos fui contra Africa, las cuales todas son cuarenta, sin otros caminos de menos cuenta que por visitar mis tierras tengo hechos. Y para esto he navegado ocho veces el mar Mediterráneo y tres el Océano de España, y agora será la cuarta que volveré á pasarlo para sepultarme, por manera que doce veces he padecido las molestias y trabajos de la mar.... La mitad del tiempo tuve grandes y peligrosas guerras, de las cuales puedo decir con verdad que las hice, mas por fuerza y contra mi voluntad, que buscándolas ni dando ocasion para ellas. Y las que contra mí hicieron los enemigos resistí con el valor que todos saben...» Despues de exponer las causas por que habia diferido este acto que hacia tiempo tenia pensado, y de dar á los flamencos varios consejos saludables, concluyó con estas notables palabras, que le honran mas que los hechos mas brillantes de su vida como guerrero y como emperador: «En lo que toca al gobierno que he tenido, confieso haber errado muchas veces, engañado con el verdor y brio de mi juventud y poca experiencia, ó por otro defecto de la flaqueza humana. Y os certifico que no hice jamás cosa en que quisiera agraviar á alguno de mis vasallos, queriéndolo ó entendiéndolo, ni permití que se les hiciese agravios; y si alguno se puede de esto quejar con razon, confieso y protesto aquí delante de todos que seria agraviado sin saberlo yo, y muy contra mi voluntad, y pido y ruego á todos los que aquí estais me perdoneis, y me hagais gracia de este yerro ó de otra queja que de mí se pueda tener (1).»

Volviéndose luego á su hijo, le dijo derramando lágrimas, entre otras cosas, lo siguiente: «Tened inviolable respeto á la religion: mantened la fe católica en toda su pureza; sean sagradas para vos las leyes de vuestro país; no atenteis ni á los derechos ni á los privilegios de vuestros súbditos; y si algun día desearais como yo gozar de la tranquilidad de una vida privada, ojalá tengais un hijo que por sus virtudes merezca que le cedais el cetro con tanta satisfaccion como yo os lo cedo agora.»

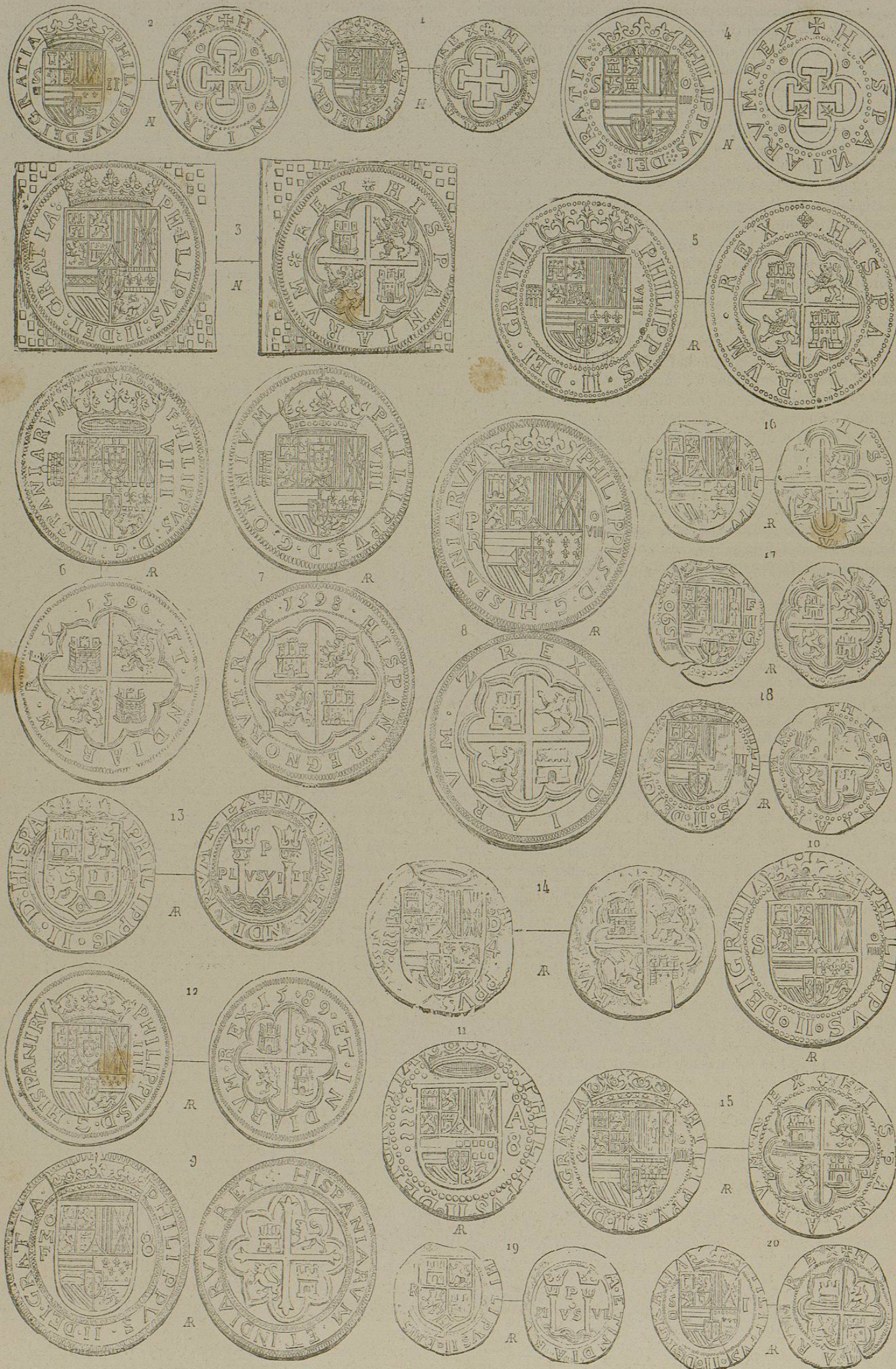
Y diciendo esto, cayó casi desfallecido en la silla. Habíanle oído todos con religiosa atencion, y las lágrimas surcaban las mejillas de casi todos los miembros de aquella asamblea. El emperador lloró con ellos, y sollozando les dijo para despedirse: «Quedaos á Dios, hijos, quedaos á Dios, que en el alma os llevo atravesados.»

Respondió á nombre de los Estados el síndico de Amberes en una larga y bien razonada oracion, manifestando lo sensible que les era su ausencia, asegurando que seria en todo cumplida su voluntad imperial, y pidiendo á Dios que diera próspero y feliz viaje al César y á su hermana la reina doña María. Levantóse entonces Felipe, púsose luego de rodillas delante del emperador, dióle sumisamente las gracias por la merced que recibia, manifestó que aceptaba la cesion y trasmision de los Estados de Flandes, y que procuraria gobernarlos en justicia con el favor de Dios. Dirigiéndose despues á la asamblea: «Quisiera, dijo, haber deprendido tan bien á hablar la lengua francesa, que en ella os pudiera decir larga y elegantemente el ánimo, voluntad y amor entrañable que á los Estados de Flandes tengo: mas como no puedo hacer esto en la lengua francesa ni flamenca, suplirá mi falta el obispo de Arrás á quien yo he comunicado mi pecho, y os pido que le oigais en mi nombre todo lo que dijere, como si yo mismo lo dijera.»

Habló, pues, Granvela, obispo de Arrás, ponderando el celo de Felipe por el bien de sus nuevos súbditos. Levantóse despues de él la reina doña María, hermana del emperador y gobernadora de Flandes, y en otro discreto razonamiento hizo

(1) El obispo Sandoval insertó íntegros estos discursos en su historia. Es muy extraño que Robertson se contentara con hacer un ligerísimo resumen de ellos, siendo tan interesantes.

CASTILLA



FELIPE II

la reseña del gobierno que por espacio de veinticinco años tan acertadamente habia ejercido. A todos contestó en nombre de los Estados el abogado Maés, dando gracias muy cumplidas á los que hasta entonces los habian regido, y haciendo protestas de adhesion y fidelidad á su nuevo soberano. Con

esto terminó aquel solemnisimo acto, y se disolvió la asamblea para volver á reunirse á los dos dias siguientes (27 de octubre) bajo la presidencia de Felipe, que entró en ella acompañado de los caballeros del Toison. Allí juró el nuevo rey solememente guardar las leyes, privilegios y libertades de

CASTILLA



FELIPE II

las provincias, y ellas le juraron obediencia y fidelidad, haciéndolo sucesivamente los diputados de Brabante, Flandes, Limburgo, Luxemburgo y Güeldres; y lo mismo ejecutaron despues particularmente algunas que no se hallaban allí representadas (1).

Una vez resuelto el emperador Carlos V á pasar el resto de sus dias en el sosiego y el reposo, era natural que siguiera

descargándose del peso de los demás Estados y coronas que aun conservaba, y así lo anunció al poco tiempo á los caballeros españoles de su servidumbre, manifestándoles el pensamiento que tenia de dejar tambien los reinos de España á su hijo, como habia hecho con los de Flandes. En efecto, á las pocas semanas (16 de enero, 1556) en su misma ciudad de Bruselas entregó al secretario Francisco de Eraso la carta de renunciacion, en que dejaba y traspasaba á su hijo el rey don Felipe los reinos de Leon, Castilla y Aragon (2), y escribió á

(1) La carta oficial de la abdicacion de Carlos V es de fecha 26 de octubre en Bruselas.

Adviértese gran divergencia en los historiadores en cuanto al dia preciso de la ceremonia solemne de la cesion; pero los documentos del Archivo de Simancas no dejan duda de que fué el 25. El mismo Sandoval se equivocó al señalar el 28, y bien se nota la contradiccion en que incurre, cuando mas adelante pone él mismo el acto de la jura en el 27, que fué dos dias despues.

(2) «Conocida cosa sea, empieza la carta de renuncia, á todos los que la presente carta de cesion, renunciacion y refutacion vieren, como Nos don Carlos por la divina clemencia Emperador siempre agosto, etc.» La cesion está hecha en términos amplísimos y explícitos, y la presenciaron como testigos sus dos hermanas las reinas de Francia y de Hungría, el